

Pueblos que el sol de la mañana dora,  
Aparecen y pasan en el llano,  
Y resaca, entre el humo, la distante  
Respiración de fuego del gigante.

Allí Toledo, la opulenta y bella  
Corte imperial, del árabe llorada,  
Que hoy sólo alumbraba la menguante estrella  
Noble y gloriosa de la edad pasada.  
Del agrio monte como en triunfo, huella,  
La alta cima, de siglos contemplada,  
Y su seno, formando eterno lazo,  
Circunda el Tajo, con estrecho abrazo.

En lo más alto, cual seguro nido  
Que el águila-caudal hiciera un día,  
El romano Pretorio se alza erguido,  
Orgullosa de Alfonso todavía:  
La llama, en vano con voraz gemido  
Lamió sus muros de ancha sillaría,  
Que él se eleva, en desprecio de la suerte,  
Vencedor de los siglos y la muerte.

Pasaron sobre tí, rica Toledo,  
Hordas, conquistas, ruinas y ventura,  
Como nube de horror, ó aspecto ludo,  
Que proyecta su sombra en la llanura:  
Razas de héroes al fin, pechos sin miedo,  
Te impusieron sus usos, su bravura,  
Y así te muestras gótica, romana,  
Fanática, guerrera y musulmana.

¡Y cuánta gloria has visto y poderío,  
Cuántas generaciones removerse,  
Y, cual las ondas de tu viejo río,  
Nacer, bullir, pasar, desvanecerse!  
¡Cuánto recuerdo en tu silencio frío,  
Y en tus moradas deja sorprenderse,  
De riquezas y amores y deseos,  
Y batallas y triunfos y trofeos!

Al recuerdo de plazas y jardines,  
Del gran *Zocodover* á la memoria  
Que repueblan con danzas y festines  
Remotos tiempos de pasada gloria,  
Mi mente entonces, por ardientes fines,  
Unió que fuiste tierra transitoria  
De la hermosa que amé: y aún luz te sella  
De la núbil pupila de mi bella.

¡Toledo sin rival! ¡Roma española!  
¡Ah! ¡Cuánta pena al corazón inquieta  
Al contemplarte tan doliente y sola,  
Tú, el amor del artista y del poeta!  
De tus pasados triunfos la auréola  
El tiempo insano con temor respeta,  
Que impone, más que tu gloriosa vida,  
Tanta grandeza y majestad caída!

Asombro inspiras hoy. Del templo augusto  
Aún recuerdo las bóvedas sagradas,  
De cada tumba el reposado busto  
Y las voces del órgano apagadas:  
Y del gran *Monasterio* el claustro adusto.  
Y, en ambos, maravillas apiñadas,  
Que admiración de sus creadores fueron  
Y pasmo de los siglos que siguieron.

Aún lo recuerdo: en sitio silencioso,  
Como esquivando al hombre su querella,  
Él, otro tiempo, alcázar suntuoso,  
Muestra de cada edad la dura huella:  
Véase allá, en lo apartado y misterioso,  
Del encaje á través de arcada bella,  
Aurco salón que su abandono llora,  
De árabe estilo y de opulencia mora.

Tal vez lo cruzan, sin pisada alguna,  
Las sombras de sus muertos moradores,  
Y al rayo macilento de la luna  
Lloran su bien perdido y sus amores.  
De otros ¡ay! la memoria, no importuna,  
Recuerda el infortunio; y gemidores  
Nos despiertan por la España toda  
Hasta en las tumbas de la gente goda.

Es una tarde calurosa; el viento  
Dejando tibio de las altas lomas  
Y gira en torno perezoso y lento,  
Cargado de suspiros y de aromas:  
Con abatido vuelo soñoliento  
Arrullan junto al agua las palomas;  
Murmura el Tajo insólitos rumores,  
É incendiadas al sol brillan las flores.

En el lejano monasterio suena  
Voz que al silencio y oración invita;  
Del pardo muro en la cortada almena  
Él rudo arquero á su pesar dormita;  
La judaizante, de temor ajena,  
Reza, aunque canta, al castellano evita:  
Otro rumor no se oye ó murmurio  
Que la canción monótona del río.

Muy cerca de jardines rodeado,  
Árabe pabellón su sombra extiende,  
Y, en elegante columnata alzado,  
Marmóreo banco del calor desfiende;  
Corto camino, de árboles formado,  
Al fresco Tajo encérvase y desciende,  
Donde acaso se baña en esta hora  
De aquel edén el hada seductora.

Detrás de los lustrosos arrayanes,  
Contenidos los pasos y el aliento,  
Un mancebo acrecienta sus afanes,  
De ardiente amor y de placer sediento;  
Él es galán apuesto entre galanes,  
De altiva frente, de mirar violento:  
Y ella es la virgen pudorosa y linda,  
La incomparable, la ideal Florinda.

Ella del Tajo en la feliz ribera  
Humedece sus formas virginales,  
Suelta y libre la lengua caballera,  
Encendidos los labios de corales:  
Tal vez la inunda su ilusión primera  
Con promesas de goces inmortales,  
Y, aún más bella, parece inesperada  
Realización de la mujer soñada.

¿Cómo evitara el godo su embeleso  
Ante tanta belleza? Con ansia loca  
Cediera el trono, por robar un beso  
En la flor entreabierta de su boca:  
Del sol el rayo, que el follaje espeso  
Logra romper, cuando su cuerpo toca,  
Más que en las hojas trémulas movido,  
Parece que la toca estremecido.

Y ¡ay! que ella ama también, y, no domada,  
Turbulenta pasión lleva consigo.  
Nacida en el cruzar de su mirada  
Con la intensa mirada de Rodrigo:  
Y éste mueve por fin la planta osada,  
De rodillas á hacerle ruego amigo,  
Y ella caerá, sujeta en tantos lazos,  
Falleciente de amor entre sus brazos!

¡Ah! ¡Breve unión de celestial ventura  
Y de eterno dolor!... ¡Cuántos memorias,  
Regia Toledo, encuentran sepultura  
En ese inmenso panteón de glorias!  
Tú á Tirso diste ingenio y galanura,  
Y del Grecco al pincel raras victorias,  
Y aún en la Europa tu grandeza brilla  
Con sólo un nombre ¡oh patria de Padilla!

Hoy, como al sér postrado y espirante  
Calor y sangre de los miembros haye.  
La sávia de tu vida exuberante  
A tu caduco corazón afluye:  
Ruinas te cercan... débil, vacilante,  
Tu existencia marchitase y concluye;  
Pero te salva del humilde olvido  
Si no ya lo que fueres, lo que has sido.

CARLOS PEÑARANDA.